

S. Defraia - E. Mora González (eds.), *Cuentas públicas de las redenciones (1575, 1579, 1583)*, Associazione dei Frati editori dell'Istituto Storico dell'Ordine della Mercede, Roma 2019, CXIX + 355 pp.

Con motivo del VIII Centenario de la fundación de la Orden de la Merced, su Instituto Histórico ha abordado el noble reto de presentar lo que ha sido la tarea específica y más significativa de la Orden a lo largo de este amplio período, que abarca la esfera política, social, económica y religiosa. No hay duda de que los rescates de cautivos configuran parte de la historia europea y también, a partir de determinado momento, la americana. Así es como los editores planteaban, al presentar el proyecto, las redenciones de cautivos de la Merced constituyen una pieza fundamental del engranaje social, cultural y religioso del ser y de la memoria del occidente cristiano, en confrontación y diálogo con el universo islámico.

Con este proyecto, el Instituto Histórico de la Orden de la Merced quiere ofrecer a la comunidad científica los catálogos, ediciones, imágenes y estudios sobre la obra redentora promovida por la Orden. Su intención es hacer reflexionar sobre el sentido y alcance de la cautividad y los rescates en la historia del Mediterráneo, desde la Edad Media hasta finales de la época Moderna. El tema, aunque pudiera parecer que solo tiene interés para los historiadores –medievalistas y modernistas– no deja de estar planteando también el constante reto y desafío que supone la convivencia de civilizaciones, algo que hoy vuelve a ser una seria preocupación, que también amerita de una adecuada comprensión histórica y cultural.

El volumen que ahora presentamos (II.2/1) recoge, en edición crítica, los libros administrativos de las redenciones de 1575, 1579 y 1583. En los tres casos se refiere a las cuentas públicas de la redención, con la salvedad de que en el primer caso se trata de una copia autorizada y, en los otros dos, de traslados. Creo que es necesario valorar el esfuerzo y la intuición que supone la publicación de estas fuentes, puesto que la historia de la Iglesia, en el intento de desmarcarse de lecturas marxistas, ha evitado frecuentemente acercarse a la economía de las instituciones que la componen. Quizás ha llegado el momento –de una manera más serena– de ofrecer desde

las propias órdenes estas fuentes necesarias para una comprensión global y auténtica de las mismas. Supone, por otra parte, dar ya por zanjado el periodo restauracionista –comenzado a finales del siglo XIX– de construir historias más o menos triunfales de las mismas. Una lectura serena de las fuentes económicas dará prueba también de las motivaciones religiosas y profundas que movían a los miembros, así como de las líneas oficiales que condicionaban la vida y las obras de caridad. El profesor Defraia –verdadero artífice de este proyecto– ha de sentirse satisfecho de la puesta en marcha del mismo, especialmente en aquello que se refiere a fuentes inéditas, pero también tiene el reto de llevarlo a término. Ardua tarea la que tiene por delante, pero que habla también de un buen hacer histórico y de la importancia que tiene, hoy en día, el trabajar en grupos de investigación organizados.

En una oportuna *nota previa* se nos presenta la metodología a seguir en el volumen, que resulta capital para la comprensión de cómo funciona la relación interna entre los distintos libros que se transcriben en el presente volumen. Los autores han optado por la división en los siguientes epígrafes: 1. *De operis natura*, donde se pretende establecer la naturaleza jurídico-diplomática de los tres manuscritos recogidos en la Biblioteca de Nacional de Madrid (ms. 2963, ms. 6569 y ms. 3588), de los que se elabora una edición crítica. Como los editores señalan “ha exigido un largo camino, iniciado con pocos asideros y no pocas zozobras, de una investigación analítica de estos manuscritos. Solo este estudio analítico (origen, fuentes, composición, actores, tradición textual, cronología, finalidad, estructura interna y forma, lógica contable, contexto y crítica histórica) nos ha permitido llegar a la *substancia* de estos conjuntos documentales y a poder establecer los puntos cardinales necesarios que fijen el norte para la lectura y la hermenéutica de estos mapas de cifras y asientos, a una primera vista casi enigmáticos” (p. xx).

Como ellos mismos señalan, con gran acierto, la estructura del presente estudio preliminar tiene la intención de convertirse en paradigma para futuras ediciones. Tienen, por otra parte, la intención de distanciarse de la escuela de edición que confunde el análisis filológico y riguroso del texto en sí, con el estudio y la discusión de palabras y la interpretación de su sentido que, entienden los editores, no responde al estatuto epistemológico en aras de un pragmatismo comercial. No hay duda que aquí se trata de la discusión entre escuelas, donde los editores han hecho unas opciones precisas que habrán de mantener a lo largo de toda la *Opera omnia*. Se agradece particularmente, en esta sección, la génesis y los actores de los documentos, que permite hacerse una idea más real del camino recorrido.

La segunda sección lleva por título *De fontibus*, donde se entra en el estudio, a través de la crítica interna, de las fuentes que sostienen estos conjuntos documentales. Como señalan los mismos editores, se preguntarán “por los documentos que han tenido los distintos contadores en su escritorio a la hora de confeccionar estas *cuentas públicas*, para, después, interrogarnos sobre el tipo de copia que de estas cuentas nos han llegado” (p. LI). Como ellos mismos exponen, después de las redenciones, “los redentores y el escribano presentan al contador correspondiente los *recaudos* para que les puedan *tomar las cuentas*. Estos recaudos son la documentación, que, según la instrucción real, debían llevar en la contabilidad corriente de estas tres redenciones. Esta documentación son las *fuentes* de las *cuentas públicas originales*”.

La tercera parte del presente estudio preliminar *De tempore compositionis*, donde se analiza la elaboración y las rectificaciones posteriores, que son analizadas con detalle. Ciertamente se ven las sutilezas como consecuencia de tratarse de una copia autorizada y las otras dos de traslados. La cuarta sección analiza *De itinere redemptionum*, ya que los documentos permiten reconstruir los itinerarios de las redenciones. Como afirman los editores, “la combinación de los datos que nos ofrecen estos asientos de los gastos ocasionados por los viajes, junto con las indicaciones cronológicas que el conjunto documental ofrece en distintas partidas y anotaciones nos posibilitan delinear, a su vez, la cronología del itinerario” (p. LXXIV). Además de lo interesante que resulta poder reconstruir los itinerarios en sí, no cabe duda que estos datos ayudan también de cara a una historia cultural. Por otra parte, las tres redenciones sucesivas son representadas en unos mapas, donde se describe el recorrido hechos por los respectivos actores de las mismas, facilitando también una comprensión visual de lo que supusieron en su momento histórico.

La quinta parte presenta *De método praesentis editionis*, donde se detienen en exponer los criterios que rigen la presente edición que se organiza en tres *apparatus* (*codicum*, *criticus negativus*, *fontium*). Este detallado análisis permite comprender que, conjuntos documentales, aparentemente heterogéneos, presentan una estructura orgánica muy articulada. Esto, además, se ve facilitado por una serie de títulos explicativos, añadidos por los editores: documentación, cuestras de maravedíes, cuentas de género, relaciones, lista de cautivos, cuentas de la redención antes de pasar a África, cuentas de la redención en África, notas y advertencias finales. No hay duda que esta sección, particularmente, se convierte en un modelo para otras posibles ediciones.

La sección sexta lleva por título *Ratio editionis* y presenta las opciones ortográficas, morfológicas y sintácticas que acompañan a cada documento, donde se ha optado por “el respeto más prudente hacia la lengua y las grafías encontradas, evitando claramente adulterar los testimonios con modernizaciones y aplicaciones de normas ortográficas del español actual” (p. cxii). Por último la *Bibliographia* recoge las obras manuscritas, impresas y ediciones recientes acerca del tema y que se convierten en el material necesario para el investigador. Y, ya por último, en 355 páginas se presenta la edición crítica anotada de las tres redenciones.

Miguel Anxo Pena González

George Augustin, *Por una Iglesia en salida con el papa Francisco. Impulsos de la exhortación apostólica Evangelii gaudium*, Sal Terrae, Maliaño (Cantabria) 2015, 180 pp.

George Augustin es natural de Palai (Kerala, India). Pertenece a la congregación de los padres palotinos (Sociedad del Apostolado Católico). En 1992 se doctoró en la Universidad de Tubinga con una tesis dirigida por Walter Kasper. Después de completar su habilitación en 2003 en la Escuela Superior de Filosofía y Teología de Vallendar (en las proximidades de Coblenza, Alemania), en 2004 fue nombrado catedrático de Teología Fundamental y Dogmática de dicho centro académico.

El papa Francisco atribuyó a su exhortación apostólica *Evangelii gaudium* una relevancia programática para el camino de la Iglesia y expresó su deseo de que las ideas de este escrito, lejos de caer en el olvido, permanezcan vivas (cf. EG 25). Esta invitación del papa es la que ha inspirado a George Augustin a escribir este libro. Si los impulsos contenidos en este magnífico documento se difunden, su aceptación puede llevar a un nuevo regocijo en Dios, en la fe, en la Iglesia. La alegría de la buena noticia de Jesucristo es condición indispensable para la evangelización. El presente libro quiere alentar a redescubrir la alegría del Evangelio, a poner en el centro la praxis de la misericordia y a atrevernos a ser de nuevo Iglesia en salida.

La credibilidad del anuncio pasa hoy por una Iglesia más fraterna, una “*Iglesia en salida*” (cf. EG 20-24) y extrovertida, que parte desde Dios Padre y que, llagada y herida, humildemente se deje ayudar e interpelar para que pueda actuar el único que puede curar, Jesucristo. Un verdadero “hospital de campaña” en el que se

ame más por las miserias que por los méritos. Una Iglesia descentralizada que renuncie al “cristianismo de masas” para transmitir el Evangelio de persona a persona, escuchando particularmente a las víctimas. Una Iglesia que proponga la “fuerza humanizadora de los valores evangélicos”, incluso con la mera presencia silenciosa y con gestos aparentemente insignificantes allí donde el discurso no es posible u oportuno.

El primer Papa jesuita, en cuyo ADN está el irradiar con eficacia la misericordia de Dios a los más pobres, pecadores, sobrantes y crucificados del mundo actual, invita al entero Pueblo de Dios, auténtico sujeto de la misión, a testimoniar el Evangelio como “peregrinos”. El papa Bergoglio sueña, en estos momentos de la historia, con una Iglesia en salida hacia las periferias existenciales.

Ya no podemos quedarnos tranquilos en espera pasiva en nuestros templos y hace falta pasar “de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera” (EG 15).

El verbo “salir” denota el ponerse en marcha por el encargo del Señor, la disposición a partir hacia donde él diga. Abraham aceptó el llamado a salir hacia una tierra nueva (cf Gn 12, 1-3). Moisés escuchó el llamado a salir hacia una tierra nueva (cf. Gn 12, 1-3) e hizo salir al pueblo hacia la tierra de la promesa (cf Ex 3, 17). A Jeremías le dijo: “Adondequiera que yo te envíe irás” (Jr 1, 7). El Id de Jesús es una llamada a una “salida misionera”.

Todos somos llamados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio (EG 20). Pero la evangelización progresará si logramos, ante todo, profundizar espiritualmente nuestra fe personal y renovar nuestra vida. Sin esta profundización, las múltiples actividades se quedarán meramente en la superficie. La renovación personal y comunitaria en la fe es, pues la clave para que en la Iglesia se lleve a cabo la salida. Como decía el papa Juan Pablo II a los obispos de Oceanía: “Toda renovación en el seno de la Iglesia debe tender a la misión como objetivo para no caer presa de una especie de introversión eclesial” (citado en EG 27).

Para que sea posible la salida, resulta absolutamente indispensable un análisis autocrítico de la situación real de la Iglesia. Es necesario ver los signos de los tiempos de hoy. En nuestro contexto europeo, los auténticos signos de los tiempos son:

- Las personas se alejan de la Iglesia.
- Muchos no entienden para qué existe la institución eclesial.
- La crítica a la Iglesia no cesa.

- La mayoría de los católicos ya no participan en los sacramentos.
- El analfabetismo religioso está muy extendido.
- Muchos de quienes trabajan en la Iglesia no persiguen ya las verdaderas metas de esta.
- Muchos miembros de la Iglesia no discuten más que sobre temas marginales.

El principal desafío es la crisis de fe de los cristianos en la Iglesia misma. Por eso, lo más importante es poner el problema de Dios en el centro y considerar con rigor lo que el papa Benedicto XVI ha formulado con el término “*desmundanización*” y el papa Francisco con la expresión “*mundanidad espiritual*” (EG 93-97).

La Iglesia solo puede salir, ponerse en marcha, si las personas que trabajan en ella están dispuestas a superar la “mundanidad espiritual”. “La mundanidad espiritual, que se esconde detrás de apariencias de religiosidad e incluso de amor a la Iglesia, es buscar, en lugar de la gloria del Señor, la gloria humana y el bienestar personal” (EG 93).

La Iglesia en salida es la Iglesia centrada en Cristo, de entrega a los pobres. ¡Dios nos libre de una Iglesia mundana bajo ropajes espirituales o pastorales! Esta mundanidad asfixiante se sana tomándole el gusto al aire puro del Espíritu, que nos libera de estar centrados en nosotros mismos (EG 97). Se precisa por eso un giro teocéntrico en la Iglesia.

Juan Pablo García Maestro

Jesús Rojano (coord.), *Sinodalidad. Un estilo de ser Iglesia y hacer pastoral*, CCS, Madrid 2019, 115 pp.

Esta obra coordinada por el religioso salesiano Jesús Rojano, se propone aquello que el papa Francisco afirma en su exhortación programática *Evangelii gaudium*: “*revisar la pastoral juvenil*” (EG 105). Esta misma idea la retoma de nuevo el Papa en su exhortación postsinodal *Christus vivit*: “*La pastoral juvenil, tal como estábamos acostumbrados a llevarla adelante, ha sufrido el embate de los cambios sociales y culturales. Los jóvenes, en las estructuras habituales, muchas veces no encuentran respuestas a sus inquietudes, necesidades, problemáticas y heridas (...) Si bien no siempre es fácil abordar a los jóvenes, se está creciendo en dos aspectos: la conciencia de que*

es toda la comunidad la que los evangeliza y la urgencia de que ellos tengan un protagonismo mayor en las propuestas pastorales” (n. 202).

En primer lugar, el libro incluye una entrevista al teólogo salesiano Rossano Sala, secretario especial del Sínodo de los jóvenes. Rossano destaca que fue la presencia de cuarenta jóvenes la novedad de la Asamblea sinodal. Los jóvenes fueron el sismógrafo del Sínodo, en el sentido de que fueron los primeros en sentir y comunicar su aprecio y su alegría, o sus dudas y perplejidades.

Lo que más impactó de las intervenciones de los jóvenes fue su concreción, pues no hablaban en teoría sino en la práctica, a partir de la experiencia de vida.

El proceso sinodal ha redescubierto la sinodalidad, que es la belleza y la necesidad de *ser un pueblo de Dios en camino, capaz de hacer que todos sean protagonistas*. En un mundo dominado por un patrón de vida individualista –donde la “ley del yo primero reina, como dijo un joven cubano en el Sínodo, es decir, la ley por la que yo y mis necesidades son lo primero, por encima de todo y de todos–, redescubrir la sinodalidad es una cosa realmente notable. Redescubrir que somos ante todo pueblo, comunidad, hermanos... es muy importante en este mundo tan enfermo de egoísmo y tan sediento de comunión (p. 13.).

Lo más difícil de los Sínodos es que lleguen a las iglesias locales, es decir, que influya en los caminos ordinarios de la vida de la Iglesia. Quien lea todos los documentos sinodales, incluyendo la exhortación *Christus vivit* (ChV) buscando soluciones fáciles de aplicar, se sentirá muy decepcionado. Dice así el Papa: “*Exhorto a las comunidades a realizar con respeto y con seriedad un examen de su propia realidad juvenil más cercana, para poder discernir los caminos pastorales más adecuados*” (ChV 103). Los frutos del Sínodo se verán si se trabaja desde las Iglesias locales.

Una aportación clave del Sínodo fue el concepto de *Sinodalidad misionera*. Pero para que esto sea realidad habrá que superar *el clericalismo y el centralismo*. El centralismo no respeta la importancia de lo local, de las Iglesias particulares. Y el clericalismo es pensar que son los clérigos los sujetos de la acción pastoral y todos los demás son simples destinatarios. En ambos casos, la Iglesia no funciona realmente como cuerpo y no es de verdad un cuerpo. La sinodalidad misionera es una palabra que podría poner a todos en su lugar y hacer que todos se sientan protagonistas en su campo.

En segundo lugar, el libro contiene una segunda entrevista al religioso jesuita Giacomo Costa, también secretario especial del

Sínodo de los jóvenes. Él señala la importancia de la formación en el *Documento Final* del Sínodo. La Sinodalidad puede y debe aprenderse, y crecer en la sinodalidad requiere una formación específica. Un punto clave es la formación de la conciencia.

De interés en este libro, es el artículo de Mons. Carlos Manuel Escribano, obispo de la diócesis de Calahorra y La Calzada-Logroño, responsable también del Departamento de Juventud de la Conferencia Episcopal Española. Para Mons. Escribano estamos llamados a liberar nuestra pastoral juvenil de esquemas que ya no son eficaces por no entrar en diálogo con la cultura en la que los jóvenes se mueven y aprender a hablarles en el lenguaje que ellos comprenden (cf. EG 105 y ChV 202).

Es importante que no se pretende una pastoral *para jóvenes*, sino una pastoral *con jóvenes*, donde dar espacio a nuestros jóvenes evangelizadores. Pero siendo conscientes que existen jóvenes que ya no piden nada a la Iglesia, para los que ya no somos significativos. O sencillamente prefieren que les dejemos en paz (cf ChV 40).

Dentro de esta obra, el artículo de mayor calado teológico es el del profesor Santiago García Mourelo, quien reflexiona sobre la "*Sinodalidad: estilo de vida eclesial y de acción pastoral*". Iglesia y sínodo son sinónimos y Sínodo es nombre de Iglesia. La palabra Sinodalidad no es especialmente tratada en el Concilio Vaticano II, pero la eclesiología conciliar es su referencia inmediata, expresando concretamente algunas de sus inquietudes. La Iglesia sinodal nos lleva a otros títulos asignados a la Iglesia como son Iglesia *Pueblo de Dios* y como *Comunión*. En la comprensión básica de la Iglesia "Pueblo de Dios en comunión", se enraíza la cuestión de la sinodalidad, porque es la forma concretar la comunión de la Sede de Roma con las Iglesias locales, la colegialidad entre los episcopados y, especialmente importante desde la óptica pastoral, la manera de articular la comunión de todos los creyentes, en función del carisma recibido, para una real y efectiva corresponsabilidad y participación en la vida y misión de la Iglesia.

El joven teólogo salesiano recuerda cómo el papa Francisco en *Christus vivit* hace una llamada a ahondar en la participación de los jóvenes en la pastoral de conjunto de la Iglesia (...) donde ellos tengan un protagonismo mayor en las propuestas pastorales (ChV 202).

García Mourelo llama también la atención que no siempre se cuida el sentido de pertenencia eclesial en los itinerarios formativos de nuestros jóvenes. "Soy Iglesia" es algo que no se escucha, los jóvenes no se sienten parte del Pueblo de Dios (p. 77).

El religioso salesiano Koldo Gutiérrez Cuesta, director del Centro Nacional Salesiano de Pastoral juvenil, reflexiona en su artículo sobre *La fotografía de la pastoral juvenil del futuro*. Para ello se inspira en la exhortación *Christus vivit* del papa Francisco. En esta exhortación se proponen las siguientes prioridades:

- *Una pastoral juvenil del anuncio*. La exhortación ChV da mucho peso al anuncio del Evangelio. No puede haber auténtica evangelización sin la proclamación de Jesucristo en cualquier actividad de evangelización.
- *Una pastoral juvenil sinodal*. Hay que destacar la sinodalidad misionera. En este modo de actuar sinodal quedan tres criterios:
 - a) *Caminar juntos*, que es lo que en definitiva nos piden los jóvenes.
 - b) *Escuchar*. Los jóvenes reclaman una Iglesia que escuche más.
 - c) *Discernir*. Discernimiento y el acompañamiento están muy relacionados. El discernimiento es el objetivo del acompañamiento.
- *Una pastoral juvenil misionera*. La salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia (ChV 175-176; EG 15).
- *Una pastoral juvenil popular*. El papa Francisco ve la pastoral juvenil popular muy urgente si queremos evitar una pastoral de élites en beneficio de una pastoral que llegue a todos (ChV 230-231).
- *Una pastoral juvenil vocacional*. La vocación es un dinamismo constitutivo en el ser humano. La vida de todo hombre es una vocación. El Documento Final propone una pastoral juvenil en clave vocacional (n. 139). Toda formación es vocacional y toda espiritualidad es vocacional.
- *Una pastoral juvenil de discernimiento*. El discernimiento es un don sobrenatural que tiene en cuenta las realidades humanas. Pero el discernimiento hay que hacerlo a la luz del Señor y es importante la oración. En el discernimiento se sigue la lógica del don y de la cruz (GE 174).
- Y la última prioridad sería *una pastoral juvenil espiritual* (de santidad). La llamada de todos a la santidad (ChV 134-178).

Concluye el libro con una reflexión de Rossano Sala, que lleva como título *De los sueños a las decisiones. Acompañar a los jóvenes en el camino vocacional*. Para el profesor Sala el centro de la

Christus vivit es el capítulo V, que parte de una pregunta formidable y realmente desafiante: “¿Cómo se vive la juventud cuando nos dejamos iluminar y transformar por el gran anuncio del Evangelio?” (ChV 134).

El concepto de *éxtasis* es uno de los más importantes de toda la exhortación ChV: “Ojalá vivas cada vez más ese éxtasis que es salir de ti mismo para buscar el bien de los demás, hasta dar la vida” (n. 163).

Como idea central que resume todo este libro es lo que afirma Rossano Sala: “Me parece que lo más importante que podemos dar a la Iglesia universal es *la pasión por los jóvenes*. Todo esto está bien resumido en el artículo 14 de nuestras *Constituciones salesianas*, que dice lo específico nuestro, aquello de ser signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes”:

“Nuestra vocación tiene el sello de un don especial de Dios: la predilección por los jóvenes: Me basta con que seáis jóvenes, para que os ame con toda mi alma”. Este amor, expresión de la caridad pastoral, da sentido a toda nuestra vida.

Por su bien ofrecemos generosamente tiempo, cualidades y salud: “Yo por vosotros estudio, por vosotros trabajo, por vosotros vivo, por vosotros estoy dispuesto incluso a dar mi vida” (p. 26).

Estamos ante un libro muy recomendable porque nos presenta un acertado análisis de la pastoral juvenil actual y también del futuro.

Juan Pablo García Maestro

A. Mariani, “*Essere*” ed “*Avere*”. *Bio-Etica ed Economia in dialogo*, If Press, Roma 2019, 250 pp.

El autor de este trabajo es Andrea Mariani, sacerdote albanés y profesor de la Universidad Católica “Nuestra Señora del Buen Consejo” en Tirana capital de Albania. El profesor Mariani cuenta con un buen número de publicaciones de temática moral, especialmente en el campo de la bioética. En este volumen intenta establecer puentes entre las nociones de “ser” y “tener” que, a primera vista, y en las relaciones que normalmente se establecen entre ambas, suelen ser problemáticas, por lo menos en un principio. Ya en la introducción se nos advierte que su intención es conjugar el *ser* y la *existencia* de la persona con el *tener*, de tal manera que se viva mejor gracias a un *tener* relacionado con una comprensión del sistema económico

que informado por la reflexión ética dé prioridad al *ser*. Pero lo más actual de este trabajo es lo que pudiéramos identificar como su segunda parte, desarrollada en el tercer y último capítulo, donde expone la tesis de que la ciencia bioética, especialmente la ecología en su dimensión no solo ambiental sino humana, es un punto de encuentro adecuado entre el *ser* y el *tener*.

El esquema argumentativo de este trabajo cuenta con tres pasos que son coincidentes con los tres capítulos de este libro tan interesante en su propuesta. En primer lugar, se desarrollan las relaciones entre la ciencia económica y la reflexión ética, para proponer en el segundo capítulo una forma nueva de comprender la economía desde la lógica del don, lo que se concretará en una “economía buena” para la vida del hombre, con lo que el autor abre, en el tercer capítulo, la posibilidad de situar en el ámbito de la ecología humana, en cuanto que parte de la bio-ética, el lugar donde se armonizan el *ser* y el *tener*. En realidad, es este tercer capítulo el centro de su trabajo, ya que incluso por su extensión los dos primeros capítulos son más bien introductorios, plantean el contexto y desembocan en un tercer capítulo de 117 páginas.

El primer capítulo comienza afirmando la complejidad de las materias estudiadas por su misma idiosincracia: una economía en su relación al bienestar y una ética que es política. Dicho con palabras del autor, se trata de combinar la teoría económica con los conceptos éticos que son políticos, ya que el mismo bienestar individual debe armonizarse con el de la sociedad. La opción es clara: se trata de vivir éticamente el ser *homo oeconomicus*, de tal modo que la economía se ponga al servicio de la promoción del ser humano. Una vez creado el marco de argumentación, este primer capítulo se divide en dos secciones; en la primera trata de articular la relación entre economía y ética evocando algunas referencias que son fundamentales para el autor como son: la recuperación de los valores que la última crisis económica descubrió que brillaban por su ausencia, así como que la raíz de la crisis económico financiera se encontraba en una crisis anterior que es la antropológica y que radica en la cuestión sobre la verdad del ser humano en sí mismo considerado, las dos crisis se concretan en una crisis moral que lleva a una incapacidad de desarrollar una economía humana y que se manifiesta en el triunfo de un consumismo hedonista con consecuencias sobre el modo de entender asuntos tan serios como la vida y la familia y que implica tres separaciones: la de lo económico con lo social, la del trabajo con respecto a la riqueza que produce, y la del mercado con respecto a la política. En la segunda sección, el profesor Mariani se detendrá en mostrar como la vida de las personas no es un objeto de mercado. Como respuesta a ello el autor expondrá la Doctrina

social de la Iglesia, partiendo principalmente de *Caritas in veritate* y propondrá también postulados de la conocida *Economía civil* en el ámbito italiano.

El segundo capítulo tiene un claro sabor a Benedicto XVI. Como expresa en su título, apuesta por una *economía buena*, para lo cual hace falta una “nueva lógica”, que se materializa en la lógica del don, la gratuidad y la generosidad; condiciones estas últimas para poder alcanzar en un mundo tan complicado como el actual algo de justicia, siguiendo a Benedicto XVI en *Caritas in veritate*: “mientras antes se podía decir que lo primero era alcanzar la justicia y que la gratuidad venía después como un complemento, hoy es necesario decir que sin la gratuidad no se alcanza ni siquiera la justicia” (n. 38). La apuesta es exigente, que esta “nueva lógica” tenga como criterio operativo económico dicha gratuidad y no lo útil, el beneficio, o lo comercial. Sin embargo, este capítulo se desarrolla más que argumentando, comentando textos magisteriales y presentando una serie de consecuencias de tipo más esquemático. Así comienza tratando el sentido del dinero en el mensaje bíblico, lo que le lleva a proponer el desprendimiento, la supremacía de la persona sobre el dinero, su uso para la justicia y la solidaridad, el anuncio utópico profético que se ha de mantener sobre las riquezas frente a la tentación de su acumulación y, finalmente, se pregunta qué es el dinero y cómo debe entenderse su uso a la luz del principio de la fe. Posteriormente, el autor se cuestiona por la conexión entre el dinero y la felicidad, a lo que responde con diez afirmaciones tomadas del magisterio del papa Francisco, en las que explicita el peligro que las riquezas tienen para el bien de la persona. Sin embargo, para el autor es claro que la propuesta positiva que se realiza desde la teología es factible por la gracia, la cual nos permitirá carismáticamente redirigir la economía hacia la lógica del don y de la caridad, así como establecer relaciones de gratuidad y fraternidad. Lógicamente, esto implica un cambio de paradigma deontológico para la economía, de tal modo que los cuatro principios básicos de la ética del don en el terreno económico son para el profesor albanés: la libertad, ya que solo desde ella es posible la gratuidad; esta última es precisamente el segundo principio: si observamos la libertad más originaria que brota de nosotros mismo, descubriremos que estamos llamados a que “las simples relaciones comerciales del *homo oeconomicus* se basen en la gratuidad, la hospitalidad, el estar juntos, el compartir” (p. 80); el tercer principio es el de la fraternidad, ya que la relación con el otro debe ser de hermanos, única perspectiva viable para que las relaciones económicas de intercambio ya no se evalúen únicamente por los valores del mercado; de aquí se deduce el cuarto principio que es el del bien común, que implica corres-

ponsabilidad y redistribución. Termina el capítulo exponiendo las conclusiones de estos principios, apostando por una economía de la comunión, de la solidaridad basada en la igualdad fraterna y del reconocimiento recíproco del otro. Una economía de comunión que finalmente nos permita alejarnos de la economía autorreferencial y avara que nos domina. En definitiva, aboga “por abrirse a una verdadera *lógica del don* señal de una profunda libertad *responsable y generosa*” (p. 85).

Llegamos así al tercer capítulo de este trabajo, que como ya hemos indicado es donde Andrea Mariani desarrolla los objetivos que estaban anunciados al comienzo de su libro y que dan razón del subtítulo de la obra. Según el autor, los preámbulos que se han expuesto en los dos primeros capítulos nos conducen a reconocer que, dentro de la bioética, la apuesta e implicación por una “ecología integral” que trabaje por el cuidado de la “casa común” es un lugar adecuado para que tanto la bioética como la economía se muevan en el ámbito de la *lógica del don*, de modo que el dinero y el progreso biotecnológico dejen de estar al servicio de los intereses egoístas y se impliquen para mantener habitable la “casa”, haciendo posible la convivencia en la “casa común” por medio de poner en práctica la comunión, el compartir y la gratuidad.

El autor comienza recordando que tanto “economía” como “ecología” comparten el mismo prefijo, *eco*, que significa como bien es sabido *casa*, espacio vital que el ser humano debe cuidar usando un sistema económico bueno y justo, que, siguiendo a Benedicto XVI en *Caritas in veritate*, le permita desarrollar una “ecología humana” desde las relaciones de reciprocidad y gratuidad y que va más allá de la lógica mercantil y del cálculo económico sin ninguna referencia ética. Para acto seguido, y ya en continuidad con el magisterio de Juan Pablo II, pasar a resaltar la prioridad de la “ecología del hombre” sobre la ecología natural, así como la diferencia existente entre el ser humano y los otros seres vivos, parámetros dentro de los cuales Mariani integra los temas bioéticos en torno al inicio y al final de la vida humana. Finalmente, el autor –al resaltar el magisterio del papa Francisco en *Evangelii gaudium* y *Laudato si’*– subraya las críticas que el Papa hace a una economía de la exclusión, fruto del capitalismo reinante y que da lugar a un sistema económico con un déficit antropológico que convierte al ser humano en un sujeto que se define fundamentalmente por su consumo, situación que está reclamando la necesidad de elaborar una economía justa como salvaguarda de la dignidad humana.

A continuación, el autor comienza a exponer la propuesta del papa Francisco, donde se denuncia la “cultura del descarte” y se apuesta por una ecología ambiental y humana, introduciendo con

toda su fuerza el concepto de “ecología integral” que abarca al ser humano y a la naturaleza en su totalidad: a todos los hombres del planeta, al medioambiente, a la justicia social y al crecimiento económico solidario. Posteriormente, el autor desgrana y comenta largamente la encíclica ecológica del papa argentino, deteniéndose de un modo especial en los temas bioéticos que son objeto de su trabajo, iluminándolos fundamentalmente con la última parte de la encíclica y recurriendo a otras muchas intervenciones papales, destacando que el Papa, frente a la “cultura del descarte”, hace gala de una bioética personalista que se preocupa de la vida de los niños y de los ancianos, reclamando una educación que favorezca la transmisión de los valores que se necesitan para la enseñanza de una “ecología integral”. Posiblemente aquí es donde el trabajo del profesor Mariani no llega a desarrollar todas las posibilidades que *Laudato sí* ofrece, algo que pudiera haber conseguido si hubiera atendido a su dimensión más social, o si se quiere biopolítica, por ejemplo, subrayando temas como: su conocido principio de que “todo está conectado”, o lo que el Papa llama “solidaridad intergeneracional”, o su afirmación de que “no hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental. Las líneas para la solución requieren una aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y, simultáneamente, para cuidar la naturaleza” (*Laudato sí*, 139).

Como valoración final decir que nos encontramos ante una obra ciertamente original en su planteamiento, aunque no tanto en sus conclusiones y contenidos, ya que el autor ha cortocircuitado las posibilidades de sus sugerentes intuiciones al reducirse, fundamentalmente, a comentar numerosos textos del magisterio o a tomarlos como simple pretexto. Pero hay que reconocer que, innegablemente, su intención inicial es fruto de una fresca intelectual que ofrece nuevas líneas de investigación, lo que permite que su trabajo se encuentre abierto a estudios posteriores como el mismo autor invita a realizar al final de sus conclusiones. Terminó agradeciendo al profesor Mariani los nuevos horizontes que nos ha abierto con este libro, al que acompaña una abundante bibliografía en su mayoría de autores italianos.

Román A. Pardo Manrique

K. Tanner, *Christianity and the New Spirit of Capitalism*, Yale University Press, New Haven/London 2019, 241 pp.

La teóloga Kathryn Tanner es conocida en el ambiente académico por su afiliación a la corriente teológica conocida como *Radical Orthodoxy Theology*. Se debe destacar que el presente trabajo es fruto de siete años de investigación que tuvieron como culmen su exposición en las prestigiosas *Gifford Lectures* en el año 2017, dato que nos advierte del prestigio que la autora tiene dentro del mundo intelectual anglosajón.

Comienza su estudio evocando la conocida obra de Max Weber *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, título que como podemos comprobar es evocado en la obra que nos ocupa.

La autora recuerda que para Weber el capitalismo se abre paso entre la gente cuando empieza a primar el deseo de la adquisición sin límites de riqueza. Lo que implicará sacrificar con duro esfuerzo la posible tranquilidad de vida que podían proporcionar las formas más tradicionales de entender la economía, convirtiéndose el deseo de ganar más dinero en la principal premisa de actuación, incluso por encima de los deseos naturales de una vida tranquila que tenga cubierta las necesidades. Para Weber, las creencias cristianas favorecieron el afán por trabajar más de lo que se necesita para cubrir las necesidades básicas, si a esto se añade la creencia en la doble predestinación calvinista, estaba claro que el éxito en la obtención de riquezas iba a ser considerado como una señal divina de estar entre los elegidos para el reino de los cielos. Como bien recuerda la autora, Weber no se detiene en los dogmas o prácticas que fueron enseñadas por la Iglesia en esa época, sino que llega a preguntarse por la influencia psicológica que las creencias y prácticas religiosas del momento tuvieron en la gente para actuar, de tal modo que les movieron a acoger los ideales del naciente capitalismo.

La profesora Tanner acepta los postulados de Weber, pero ahora las cambia de sentido; es decir, según esta autora, en el momento actual la ética protestante no sirve para explicar y mantener el auge del capitalismo, sino más bien todo lo contrario. En la situación actual, donde el capitalismo es el sistema económico imperante, Tanner intentará mostrar que las convicciones cristianas están llamadas a socavar al espíritu del capitalismo contemporáneo. Como se puede ver, ahora no se trata del nacimiento de un sistema como es el capitalismo, sino de su derrumbe, yo diría que a modo de la imagen soñada por Nabucodonosor de los imperios con pies de barro. Aunque Tanner reconoce que esta clase de cristianismo con dimensión interpeladora y profética es actualmente vivido por una

minoría, pero lo que está claro es que la opción entre favorecer o estar en tensión con el capitalismo depende de la clase de aplicación práctica en que se realicen las propias creencias.

Podemos decir que la postura de Tanner es netamente hostil al capitalismo por sus propias convicciones cristianas, sus críticas son nítidas y se expresan desde casi el principio del ensayo y esa valoración crítica la extiende como un deber para cualquier postura religiosa a la vista de los efectos del capitalismo. Es claro que cualquier organización económica va a ser defectuosa, pero el capitalismo, entre otras grandes injusticias, ha causado y promovido la desigualdad de las personas manifestada en la diferencia de ingresos, el paro estructural y el recurso a ciclos periódicos de auge y depresión económica que utiliza para el beneficio de los especuladores.

La situación en que nos encontramos es tal que el capitalismo reina por sus propias fuerzas y no necesita de un respaldo de tipo religioso para su desarrollo, pero, sin embargo, la religión sí puede asimétricamente presentarse como una fuerza crítica a su dominio, al ser en sí misma una de las pocas instancias de las que dispone el ser humano –y sus comunidades– para redefinir la vida desde otros fundamentos y horizontes vitales que no son los económicos.

Además, nos recuerda la principal patología que el capitalismo trae consigo, que no es otra que el actuar siempre a favor del propio beneficio, justificando incluso cualquier modo de actuación desde un individualismo radical donde priman descaradamente los intereses egoístas y avariciosos.

Pasemos a dar razón de la estructura de este trabajo. En el primer capítulo describe el “nuevo espíritu del capitalismo” donde lo primero que se destaca es el dominio de las finanzas en la vida económica: “Las finanzas son el único lugar donde todavía se puede hacer mucho dinero” (p.12), sin que el agente económico se tenga que complicar la vida en el mundo del comercio y en la inversión de tipo empresarial. En un estilo típicamente anglosajón, la teóloga norteamericana describe el entramado financiero en el que está imbricado todo el sistema económico actual, algo que se nota desde las grandes transacciones comerciales a las cotidianas acciones monetarias propias del pequeño consumidor; citando al conocido economista Jan Toporowski nuestra autora enfatiza: “Las finanzas principalmente financian las finanzas”. A lo largo del capítulo explora críticamente los fondos de inversión, las hipotecas, el comercio internacional, el incumplimiento crediticio de los acuerdos *swap*, las obligaciones colaterales originadas por la deuda *CDO*, etc. En su exhaustiva argumentación va demostrando el dominio, no solo económico, que sobre nuestras vidas ejerce el

mundo financiero. Un dominio que, como es sabido, puede traer consigo crisis económicas en las que, sin embargo, los prestamos e hipotecas se deberán seguir pagando con la consiguiente dificultad de llegar “a fin de mes”; aunque esto no signifique que no puedan seguir existiendo pingües lucros por medio de la especulación y los salarios abusivos, con las connotaciones éticas que ello conlleva. En este contexto, el saber interpretar y comprender la dinámica de las finanzas es la de la máxima rentabilidad, de modo que se consiga eficazmente el máximo de beneficio con el mínimo de gasto.

El contexto financiero –antes descrito– suele implicar relaciones cada vez más anónimas, como, por ejemplo, en la relación de la empresa con la plantilla de empleados, donde en numerosas ocasiones se crea una mediación contractual por medio de subcontratas –en este sentido podemos hacer referencia a la diferencia y consecuencias que ello acarrea entre empresarios directos e indirectos que ya indicaba Juan Pablo II en *Laborens exercens*– las cuales ajustan el número de empleados, establecen la rotación de los trabajadores, erigen la disciplina como virtud propia del trabajador, pagan a los directivos con acciones cuando cambian de empresa, decretan los despidos corporativos, etc. Esa espiral financiera que envuelve a la empresa privada no es ajena tampoco a la empresa pública y se aumenta con la combinación envolvente de los distintos fondos e instancias financieras: bonos del estado, impuestos, deuda, mantenimiento del estado del bienestar, incentivos a los inversores, promoción del crecimiento económico, etc.; y, para al final de toda esta vorágine concluir que –en último término– al ciudadano de a pie no le queda otro remedio que asumir los costes de las pérdidas, con una tensión de políticas que tantas veces favorecen a unos pocos frente al conjunto de la ciudadanía, que es la que sufre los temores del desempleo, teniendo que disciplinarse por los fracasos de los gobernantes, por la no inversión en bienes públicos pertenecientes al bien común como puede ser el transporte público y, como no, por las deudas contraídas por ellos mismos.

Todo este sistema desarrollado en el libro implica competitividad e individualismo para alcanzar a toda costa los propios objetivos, pero produciendo un resultado paradójicamente contrario tanto al ideal del liberalismo –donde el Estado debe *dejar hacer*– como a la deseada sociedad del bienestar. Sin embargo, anterior a este último fracaso, y dentro del horizonte de vida cristiana, existe una valoración moral más de raíz, ya que la propuesta evangélica no puede satisfacer a ninguno de estas dos grandes pretensiones de la sociedad actual: capital y bienestar descomprometido que, como hemos dicho, ni tan siquiera el nuevo liberalismo es capaz de garantizar.

Esta forma competitiva e individualista de vida dominada por las finanzas es lo que Max Weber describió como el resultado inevitable del triunfo del capitalismo, ya sin fundamentos religiosos, y que implicaría necesariamente una adaptación por parte de los individuos. En ese sentido, el sistema nos moverá a que desarrollemos nuestras capacidades para ser eficaces en nuestros trabajos y así no tener miedo a quedar desempleados, convencidos de que es bueno para la empresa, al mismo tiempo que se comprende como un crecimiento personal. Anteriormente, la ética protestante ayudaba a entender como la virtud moral y el trabajo duro eran recompensados con una buena paga y facilitaba una carrera gradual. Actualmente eso se encuentra unido a la flexibilidad de los trabajos y la adaptación constante, pero el nuevo espíritu del capitalismo también reclama un nuevo estilo de vida con repercusiones éticas, como, por ejemplo, en el reconocimiento debido al esfuerzo realizado y a la consiguiente recompensa asumida como algo propio de nuestra identidad moral compartida; algo que en sí mismo es justo, pero ahora subrayando la competitividad y la individualidad, lo que se traduce en lo que pudiéramos llamar actitudes insolidarias que nos llevan a convicciones personales, comúnmente admitidas, como que uno es responsable de su trabajo y difícilmente otro le ayudará si fracasa y se endeuda. En definitiva, existe una unión entre el ser tú y tu éxito o fracaso “there is no ‘you’ apart from it” (p. 28). Podríamos decir que tu endeudamiento de hoy adultera tu pasado, describe tu presente y condiciona tu futuro. Ciertamente la ética confesional protestante también quiere dar un cambio ante esta situación, pero la verdad es que no consigue romper con esta tendencia-destino que es una verdadera cadena perpetua.

Precisamente es en este punto –en el que se engarza el pasado, presente y futuro de la vida de los individuos y de las comunidades dominadas por las finanzas– donde se introduce la propuesta teológica de Tanner en el más genuino estilo de la *Orthodoxy Theology*.

Al final del primer capítulo desvela el esquema de su reflexión al unísono que intenta desatar el nudo gordiano de la fusión de los tiempos (pasado, presente y futuro) producido por la dinámica propia del dominio financiero. Un primer capítulo centrado en describir como la disciplina nacida de la deuda implica que el presente y el futuro se convierten en simples manufacturas de un pasado que les condiciona y, tantas veces, les colapsa.

Además, a esto se une las necesarias respuestas “urgentes” que el mundo financiero reclama: a través del mercado, ante las nuevas necesidades que aparecen para ser rápidamente satisfechas. Una atención centrada de tal modo en el momento presente del trabajo de cada individuo que implica la misma desaparición del presente

existencial, solo cuenta el “ahora” instantáneo y constante, que traducido a la vida concreta implica la imposibilidad de prever un futuro que no sea totalmente hipotecado. Así, lo que nos espera es un futuro que solo se calcula por un presente capitalizado.

La propuesta de esta autora como teóloga es clara y se desarrolla en tres rupturas en las que vertebra los siguientes capítulos de su libro (p. 30): a) romper el vínculo que existe entre el supuesto derecho al bienestar y el trabajo; b) romper la identificación de uno mismo con el “Yo productor”; c) romper con la continuidad temporal financiera a la que nos condena el capitalismo. Posiblemente uno mismo no vea posibilidad de escapar de esta situación si focaliza su existencia en el momento presente, pero la propuesta de una utopía que se puede alcanzar, donde el futuro sea mejor, implica cierta apuesta revolucionaria que la autora descubre en la propuesta cristiana, la cual se identifica por un modo de comprender el tiempo como radicalmente discontinuo, esperanzado en una transformación radicalmente disruptiva que se llama “conversión”. En contraste con el capitalismo que, vía endeudamiento, mantiene una inquebrantable unión con el pasado de uno mismo, el cristianismo, sin olvidar el pasado, hace posible por el bautismo un nuevo nacimiento a una nueva vida, a un nuevo modo de ser y de actuar éticamente, posibilitado por el perdón del pecado/error pasado y con una proyección hacia un futuro que –aunque puede parecer “extravagante”– consiste en la sorprendente oferta de ser salvado para ser elevado a la vida divina. Es en esta visión tan distinta al capitalismo donde Tanner propone la alternativa cristiana –con capacidad de forjar provocativamente un futuro mejor, más humano y más divino– a la tiranía del fundamentalismo financiero.

La virtualidad de Tanner es que describe, en ese eje temporal, la constitución de las subjetividades individuales atrapadas en el dominio del sistema financiero, así como de las distintas instituciones económicas y de los gobiernos nacionales, lo que condiciona el actuar, la política y las cadencias típicas de las sociedades atrapadas en el capitalismo. Por otra parte, la respuesta cristiana a cada instancia temporal nos evocará categorías como: la narrativa de nuestras vidas individuales y comunitarias, el uso de los bienes, la purificación, la conversión, el perdón, un nuevo sentido de lo que significa “tuyo” y “mío”, la salvación, etc. Son categorías, conceptos e instituciones que constituyen –como no puede ser de otra manera– otro modo, no solo de interpretar, sino de descubrir la verdadera esencia de la realidad que es netamente teológica: desde la acción humana en su particularidad como trabajo, a los deseos que se separan de los dictados del consumismo, las modas, y el modo de entender el uso y la finalidad del dinero.

Como bien advierte la autora en el último capítulo, su libro ha ido analizando las consecuencias éticas derivadas de un mundo dominado por el capitalismo y ha intentado disociar esta ética capitalista de la ética del cristianismo, siempre centrándose en el protestantismo y partiendo de la intuición de Max Weber. En el mundo de hoy, una ética cristiana debiera reconocerse por su crítica y clara distinción de la ética capitalista dominante. Se hace necesario y urgente una reflexión ética sobre la responsabilidad individual y la competitividad en torno al ámbito del trabajo, pero realizado desde la clave unificadora que ofrece la unidad en Dios, habilitando horizontes de un nuevo mundo cristiano, indicando que el inicio de ese nuevo mundo se encuentra en las manos de cada uno de los que quieran comenzar una transformación personal, no simplemente deseando eliminar el sistema capitalista, sino cruzando a través de él y de sus disruptivos efectos hacia la alternativa que es realizable ya en el presente, cuyo poder ya se manifestó eficazmente en el pasado y cuya fuerza aún no se ha extinguido (p. 219).

En definitiva, tenemos entre las manos un libro en el que la autora se introduce en el difícil mundo de las finanzas, para realizar un juicio ético cristiano muy sugerente. Eso hace que para introducirse en el lenguaje de la obra sea necesario cierto bagaje de conocimientos económicos y teológicos, ya que en el fondo nos encontramos con una perspectiva teológica de las finanzas, con un verdadero trabajo de teología moral socioeconómica, desde los principios de la *Radical Orthodoxy Theology*, y donde los lectores de ámbito católico podrán evocar y también reivindicar la teología moral económica de la Escuela de Salamanca, la *Economía civil* y la *Economía del bien común*, todas ellas inspiradas, en su misma raíz, por la comprensión económica de los movimientos mendicantes del medioevo.

Román A. Pardo Manrique